

Carta de La Habana. Tres sitios de olvido

Antonio José Ponte

Primer sitio: un caserón de La Habana Vieja que ha sido, en sus distintos avatares, cuartel y comisaría, hasta llegar en los primeros años de gobierno revolucionario a centro de interrogatorios de la policía secreta. Luego almacén de artículos confusos, sirve desde hace poco como edificio administrativo del cercano Museo de Bellas Artes.

En ocasión de esta última metamorfosis fue expuesta allí pintura cubana de las últimas cuatro décadas y se llevaron a las paredes del caserón piezas que, en muchos casos, se creían perdidas. Artistas censurados y exiliados volvieron a tener nombre, trabajos suyos fueron incluidos junto al de los pintores oficiales. La muestra procuraba sanear colección y sede. Mantenía en cuarentena las obras redescubiertas antes de su salida hacia el museo y, a la par, acompañaba la transformación del espacio pues éste almacenaba objetos hasta ayer resguardados policialmente. Coincidían así por última vez el local de confesiones forzadas y las invenciones de algunos artistas degenerados.

Segundo sitio: a no demasiados kilómetros de la capital cubana uno de los mayores centros de espionaje de la Guerra Fría, la base de Lourdes. Radares instalados allí por personal soviético rastreaban información estadounidense, noticias estratégicas e inocuos chismes. Y el gobierno de Moscú pagaba a sus camaradas de la isla por el derecho de ocupación, amén de regalarles migajas de lo detectado.

Hasta el día en cuando consideró innecesario mantener en Cuba aquella base y Lourdes comenzó a parecerse a un desguazadero de naves cósmicas, al patio de una ferretería abandonada. El paisaje, luego de retirados los armatostes, quedó en colinas peladas.

Fue entonces cuando las autoridades cubanas dedicaron presupuesto a la rectificación de un error paisajístico: encargaron a escultores del país la misión de poner bultos en el antiguo emplazamiento de radares. Inauguraban en Lourdes un centro universitario de ciencias informáticas y, como totems del lugar, como espantaespíritus, se alzarían los

grupos escultóricos. El jardín de estatuas gigantes sustituía a los radares, las aulas a la base de espionaje, los nativos a los rusos.

Tercer sitio: la fortaleza colonial de La Cabaña, sede de la Feria Internacional del Libro de La Habana. Embutidos los anaqueles en pequeñas celdas, todo un fracaso como área expositiva o comercial, el lugar resulta paseo excelente gracias a sus áreas abiertas y a la vista de la ciudad al otro lado de la bahía.

Cada año los desprevenidos visitantes extranjeros (y con ellos la propaganda oficial cubana) se felicitan por las multitudes que la literatura convoca, por los cientos de miles de habaneros empeñados en hallar qué leer. Desconocen esos extranjeros que a lo largo del año las librerías de la capital cubana permanecen sin surtir, que ni siquiera los establecimientos de frontera (llamados así por vender en moneda extranjera, no por abrir en Tijuana) sobrepasan en oferta a la más pobre librería de aeropuerto del mundo. Y pasan también por alto la programación de los cuatro canales televisivos, la ausencia de estrenos cinematográficos, la prohibición de acceso a internet, los precios imposibles de bares y locales de fiesta... De manera que si La Habana resulta un paraíso de lectores se debe a la escasez de competencia.

Aviso para incautos: a menos que se pretenda introducir las mismas restricciones policiales y económicas, no hay que buscar aquí la fórmula para acrecentar el número de lectores. Tampoco el sistema editorial cubano resulta modelo consistente. Cierto que al subvencionar la producción de libros parece hacer de éstos objetos más puros y puede permitirse las más insólitas apariciones: largas tiradas, por ejemplo, de clásicos considerados bastante impublicables. Pero asimismo ignora la actualidad literaria internacional y, al controlar todas las editoriales, pasa muy fácilmente de las recomendaciones pedagógicas a las imposiciones de ortodoxia. (Ya que no es plata lo que interesa de la producción de libros, ha de tratarse de un asunto de poder. Se condena el negocio editorial en beneficio de una meta más alta: convertir la industria del libro en maquinaria única de propaganda.)

Vale de poco entonces la multitud de títulos por la que piropean su propia gestión los organizadores del evento. Este año, para no sacarlo de su decidido aire provinciano, ningún escritor extranjero de valor acudió a La Habana, no vinieron los editores de hace un par de ediciones, y la muestra brasileña, hermosamente nutrida pues la feria estaba dedicada a Brasil, fue destinada completamente a instituciones públicas cubanas y no se vendió ni un ejemplar. (Quienes leen portugués habrán

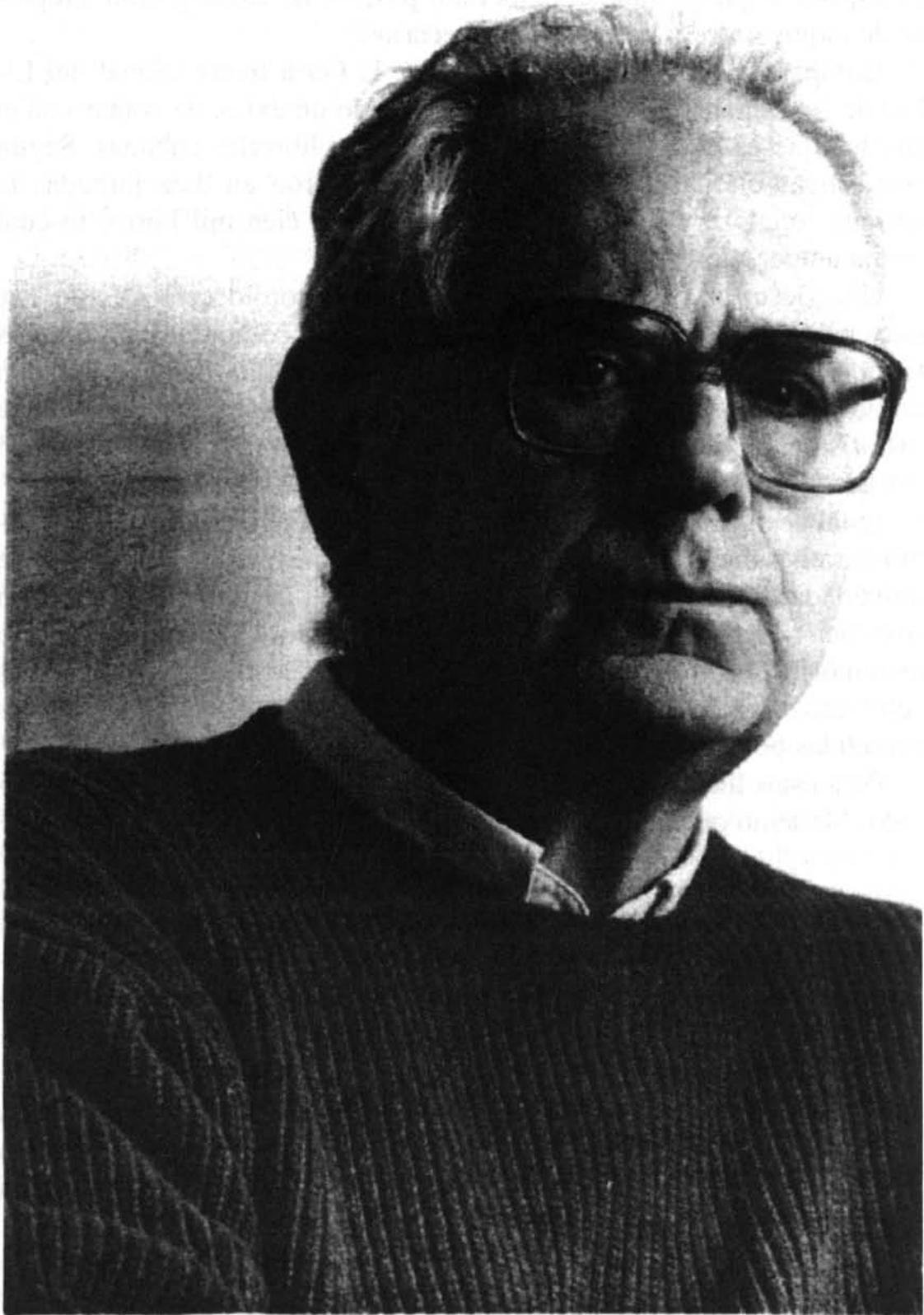
de esperar a que termine el demorado proceso de catalogación, empresa de inquisidores y luego de bibliotecarios.)

Comparada con ediciones anteriores, la Feria Internacional del Libro de La Habana ha sido un fracaso. O todo un éxito, de contar con el fracaso que es el resto del año dentro de las librerías cubanas. Según estadísticas oficiales, 640.000 personas visitaron en diez jornadas la antigua fortaleza y fueron vendidos un millón cien mil libros, lo cual arroja un per cápita de 1,71 ejemplares.

Una fiesta es el peor rincón para rumiar sordideces: calculo que muy pocos de esos visitantes habrán recordado cómo, en los primeros tiempos revolucionarios, funcionó en La Cabaña un atareado paredón de fusilamiento. Cada sala de exposición era entonces una celda donde los prisioneros hacían vida apiñada. (Allí estuvo encarcelado Reinaldo Arenas y lo cuenta en sus memorias.)

Igual desmemoria podrá detectarse en los oficinistas del edificio administrativo del Museo Nacional de Bellas Artes, en el personal de la universidad abierta en Lourdes. El paredón de fusilamiento, la estación soviética de espionaje y el centro de interrogatorios policiales han sido metamorfoseados ya, por amabilidad del ogro, en sitios de cultura. Las autoridades cubanas utilizan el arte para baldear atrocidades, y no las cometidas por gobiernos anteriores, sino las propias.

Para estas líneas he elegido tres sitios habaneros que cultivan el olvido. Me temo que la lista podría hacerse más larga.



Francisco Ferrer Lerín